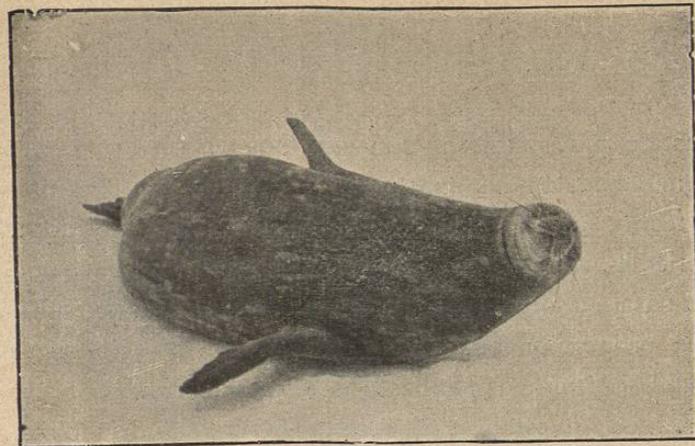


C. A. Larsen.



Foca Weddel sobre el hielo.

CAPITULO XXVIII

En la isla de Paulet

NUESTRO primer cuidado, al saltar á tierra en la isla de Paulet, fué la construcción de una choza de piedra, en la cual, durante las próximas tempestades y fríos del invierno, pudiésemos guarecernos mejor que en la tienda de campaña. El mal tiempo empezó ya la noche después de nuestra llegada, y al día siguiente, primero de marzo, que descargó una horrible tempestad, estaba el mar muy agitado en el estrecho, y sólo la circunstancia de ser la tienda de campaña muy fuerte y pesada nos salvó de quedarnos con aquel frío á la intemperie. Si semejante tempestad nos hubiese sorprendido fuera, entre los hielos, difícilmente hubiéramos podido salvar nuestras vidas y seguramente se perdiera todo lo llevado con nosotros á tierra.

Al otro día, seguidamente después de haber almorzado, empezamos á trabajar en la casa de invierno, pero hasta el 7 de marzo no conseguimos tenerla lo suficientemente adelantada para poder colocar durante la noche el techo, es decir, las velas que habíamos empleado en la tienda. Nos sentimos satisfechos cuando tuvimos nuestra casa en orden, pues por muy imperfecta que fuese nos proporcionaba, sin embargo, un refugio seguro contra los tiempos tempestuosos que pudiesen sobrevenir. Desde nuestro arribo á la isla no habían dejado ni un solo momento de sucederse las tempestades con fuertes borrascas de nieve; el primer día de nuestro traslado á la cabaña tomó mayor fuerza; soplabá del sur y llegó acompañada de intenso frío que duró todo el día; no pudimos permanecer fuera un momento y tuvimos que estar tendidos en los sacos de dormir. Durante la noche batió el viento contra el techo de lona, moviéndolo con tal violencia que temimos quedarnos á cielo raso. Tuve que salir un momento para ver si podría resistir, y pensé que la perspectiva del invierno no tenía nada de divertido, si siempre habíamos de disfrutar un tiempo semejante.

Para hacer nuestra situación menos desagradable, reforzamos el techo y al lado izquierdo de la casa levantamos una nueva construcción que nos sirviese de cocina y de despensa para guardar el pan y demás vituallas. Como únicamente habíamos podido salvar una cantidad insignificante de las provisiones que llevábamos en el buque, nos vimos obligados á alimentarnos principalmente con focas y pájaros bobos. En los primeros días de nuestra permanencia en la isla tuvimos la suerte de matar algunas de las primeras y bastantes de los segundos, no tan sólo para el consumo inmediato, sino tam-

bién con la idea de reservar buena provisión para el invierno. Con tal objeto matamos el 11 de marzo ciento ochenta y cuatro pájaros bobos, trescientos veintiséis el 13, quinientos ocho el 14, etc., etc. Era bastante pesada la tarea de coger y desollar aquellos pájaros, pero teníamos que conformarnos, pues lo principal era conseguir reserva de víveres, por si se daba el caso de que no hubiese focas en el invierno.

El 12 de marzo tenía la tripulación terminada la entrada de la casa y cubierta con un hule y lona nueva, de este modo el viento no podía entrar tan libremente como antes. Por la tarde me di un paseo hasta el montículo de la isla para inspeccionar el estrecho y ver si se presentaba alguna huella de las provisiones que habíamos perdido en el hielo. Nada pude descubrir; aparecía el hielo completamente unido por todas partes en dirección al cabo de Seymour y la isla de Cockburn, circunstancia que hacía poco probable que buque alguno pudiese pasar durante aquel año hacia el sur. Debíamos, por lo tanto, prepararnos á esperar hasta la primavera, época en que se efectuaba el deshielo y podía haber posibilidad de auxilio, procurando mientras tanto abastecernos lo mejor posible para el invierno. Todos los pájaros bobos que se pusieron á nuestro alcance los matamos, pero empezaban á escasear.

El techo de la casa lo reforzamos con todas las pieles de foca que pudimos reunir. Mientras tanto la tripulación se ocupaba también en el arreglo de sus ropas. Ocurría con frecuencia que, á causa de las violentas tempestades de nieve, teníamos que estar metidos en los sacos de dormir sin poder ejecutar trabajo alguno. Los domingos

eran nuestras únicas festividades y anhelábamos que llegasen, porque en tales días mejorábamos nuestra alimentación; así, por ejemplo, en el almuerzo tomábamos cacao y en la comida carne cocida de pingüino y sopa de guisantes, algo, en fin, que en nuestras circunstancias podía considerarse como un verdadero banquete. No solamente para tener algo en qué ocuparnos, sino también para proporcionarnos alimentación más variada, empezamos á fines de marzo nuestros ensayos de pesca, que continuamos con más ó menos éxito durante toda nuestra estancia en la isla. Pero la mayor parte de las veces no resultaba el trabajo recompensado, ni tenía nada de agradable con los fríos tan fuertes que hacían, debiéndonos esforzar extraordinariamente para permanecer allí en el hielo con las botas mojadas y corriendo el riesgo de que se nos helaran los pies, así como los dedos de las manos, por el continuo contacto con los aparejos de pesca. En el transcurso del invierno cogimos más de diez mil pescados, los cuales, fritos con grasa, nos comíamos muy á gusto. Al mismo tiempo podíamos permitirnos el lujo de aderezar guisos tales como el *revollillo*, compuesto de leopardo marino, carne de foca asada, hígado y riñones de foca, grasa y otros aditamentos que ofrecía la región; así como también sopa de sagú, judías blancas, arroz con leche y demás vituallas de la provisión del barco. Nuestra cocina no era, pues, del todo mala, y como se ve, aprovechábamos cuanto podía encontrarse en la isla.

A pesar de ello nuestra existencia resultaba monótona y esperábamos con ansia que llegase la Pascua para disfrutar de algún extraordinario, pues habíamos decidido celebrar dicho día con el mayor rumbo posible, y hasta

qué punto lo conseguimos puede verse por el siguiente extracto del diario:

Domingo, 11 de abril.—Por fin, ha llegado la víspera de Pascua, que con tantos deseos estábamos esperando. Por la mañana teníamos -13° , al mediodía -11 y por la noche $-7 \frac{1}{2}$, nevando constantemente. Tratamos de sacar algún pescado pero no lo conseguimos, cogiendo, en cambio, un leopardo marino que, si bien es verdad que se sumergió después del disparo, no por eso logró escapar, aprisionándolo con un aparato de los corrientes. Se perdió la mayor parte de la sangre, pero guardamos la que pudimos recoger. Formaron también parte de la caza del día un pájaro bobo, tres cormoranes y varios chionis. Por la noche, tuvimos una cena opípara, que consistió en arroz con leche hecho casi exclusivamente con agua, pero, sin embargo, excelente para nosotros; un chionis para cada uno y después carne de foca frita con manteca. Por espacio de algunos días estuvimos reservando manteca para la víspera de esta festividad. Fué un día verdaderamente solemne en nuestra modesta choza. Tuvimos encendidas cuatro bujías y una lámpara de aceite mientras duró la cena, así que casi nos sentíamos otra vez hombres civilizados, pero esta clase de civilización no había de durar mucho. Mañana volveremos á nuestra vida usual, porque la esplendidez de tal noche únicamente podemos permitirnosla en las grandes solemnidades.

Pasó el mes de abril con tiempo variado. Con alguna frecuencia descargaron fuertes tormentas, pero á veces disfrutamos también tiempo tranquilo y hermoso, con sol magnífico, como ocurrió el 17, día espléndido y tan caluroso como lo podíamos desear. En días semejantes

efectuábamos excursiones al montículo de la isla para observar el estado del hielo, y tan pronto como se presentaba ocasión salíamos á cazar focas, que utilizábamos, como es sabido, no sólo para nuestra alimentación sino también para combustible. El 19 de abril estuvimos muy afortunados, por cuanto conseguimos matar nada menos que cinco grandes focas Weddel, de las que, cuatro, eran hembras con fetos enormes. Tenían una piel de finísimo pelo y bigotes sumamente crecidos.

A últimos de abril aumentó el frío, y el primero de mayo amaneció con -22° , ocasionándonos grandes molestias cuando salíamos á pescar. En el estrecho había hielo firme, y en el agujero donde algunos días antes habíamos estado pescando se había formado nuevo hielo apareciendo tapado.

Los días pasaban con mucha lentitud, pero nuestro humor era siempre excelente. En la choza, cuya temperatura se sostenía alrededor de $+6$ y 8° , durante nuestras reuniones de la noche cantaban á veces Skottsberg y Haslum, constituyendo otra de nuestras mejores distracciones los ratos que dedicábamos á la lectura. Pero todo esto era un lujo que no podíamos permitirnos con demasiada frecuencia. Por variar se contaban algunas historias, que en general eran poco picantes, pero se oían con agrado, toda vez que no había otras; y después jugábamos alguna partida de cartas, viéndonos obligados, cuando la temperatura bajaba á -10° ó más, á taparnos las manos cada instante para que no se nos quedasen paralizadas por el frío.

El 17 de mayo, nuestra fiesta nacional de Noruega, habíamos tenido idea de celebrarla empavesando el exterior de la casa, pero aunque hacía mejor tiempo del que

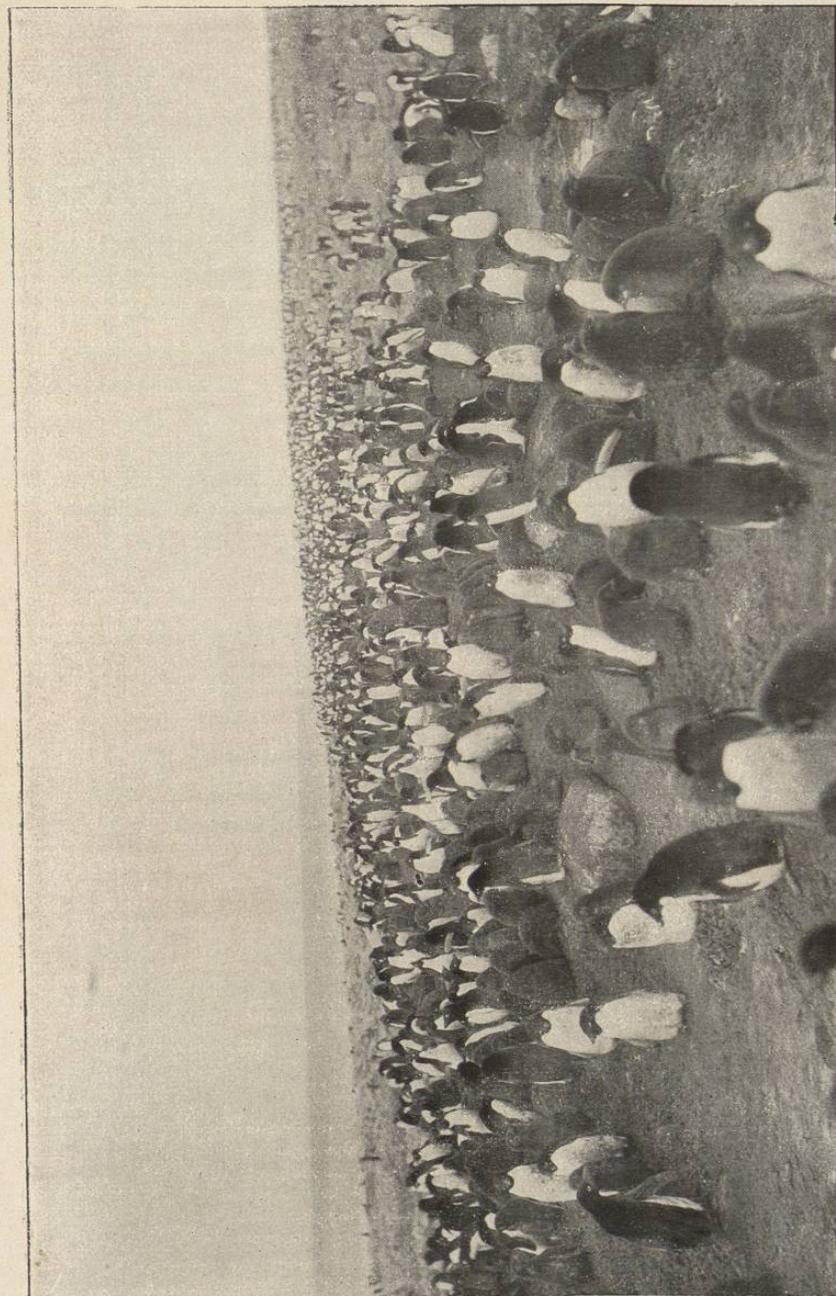
podía esperarse en tales regiones durante esta época del año, ó sea viento oeste y buen sol, era, sin embargo, el primero tan fuerte, que tuvimos que contentarnos con adornar la choza interiormente con las banderas sueca y noruega. Para dar al día mayor carácter de festividad hicimos café y repartimos algunas pastas.

Por este tiempo fué cuando empezamos á inquietarnos por Wenersgaard, el joven marinero que se puso enfermo, y un par de semanas después estaba tan débil que había pocas esperanzas de que pudiese llegar á restablecerse. Del reconocimiento que el día 25 de mayo le hice en el pecho, pude ver que padecía de una inflamación ya bastante arraigada en los pulmones con fuerte segregación. Para proporcionarle algún alivio le dimos coñac y miel mezclados. Pocos días después pudo observarse que no le quedaba mucho tiempo de vida, pues se le hincharon las piernas, había perdido el apetito y deliraba. Sentíamos mucho no tener los conocimientos suficientes para salvarle la vida y que pudiese volver á su país, como todos nosotros esperábamos conseguir. En la mañana del domingo, 7 de junio, se fué tranquilamente al otro mundo. Lo envolvimos en una manta, lo metimos en su saco de dormir y lo llevamos á los botes, pues por el momento era imposible abrir una zanja en la tierra completamente cubierta de nieve. Pusimos un par de velas encendidas ante su féretro, y después de rezar un responso terminamos esta triste ceremonia, probablemente la primera de esta clase que había tenido lugar en aquella parte de las regiones del Polo Sur.

El primer cuidado que tuvimos después fué sacar y destruir todas las ropas de nuestro pobre compañero para evitar que, si la enfermedad era contagiosa, pudiera

transmitirse á alguno de los supervivientes. Luego volvimos á nuestra vida usual, esforzándonos por sostenernos firmes y estar de buen humor.

El viento antártico del medio del invierno se nos echaba encima con violentas tempestades, nevadas y fríos, que á veces eran llevaderos, pero con la mayor frecuencia llegaba el termómetro alrededor de la tercera décima bajo la marca de hielo. A pesar de ello salíamos todo lo posible, aunque apenas si teníamos nada en que ocuparnos más que en pescar, con resultado desigual y á veces muy insignificante, á consecuencia de las fuertes corrientes. Los días, bajo tales circunstancias, naturalmente, pasaban con lentitud y se nos hacía difícil estar en la choza, donde una capa de escarcha de una pulgada de grueso cubría el techo y las paredes, y donde en los tiempos más fríos únicamente podíamos retener el calor permaneciendo metidos en los sacos de dormir. Pero, al fin, llegó la víspera de San Juan, que con tantos deseos habíamos esperado, no sólo por las excelentes gachas con que pensábamos regalarnos, sino también para que el sol empezase á caldear nuestras regiones. Este día tuvimos viento noroeste y solamente $2\frac{1}{2}^{\circ}$ bajo cero. Gracias á la bondad del tiempo pudimos rascar la escarcha del techo y dejarlo enteramente limpio. Repartimos el último tabaco, y después de cenar nos pusimos á jugar á las cartas hasta la media noche para esperar el día de San Juan. Tuvimos un día delicioso, únicamente $1\frac{1}{2}^{\circ}$ á 2 bajo cero, con brisa fresca del norte y nubes que pasaban rápidamente. Almorzamos pescado hervido, galletas y cacao, y el que se había guardado un poco de arroz con leche de la noche anterior, se lo comía mezclado con el cacao. Para cenar tuvimos *pastá exquisita*, pájaro



Colonia de pájaros bobos en la isla de Paullet (Enero de 1902).